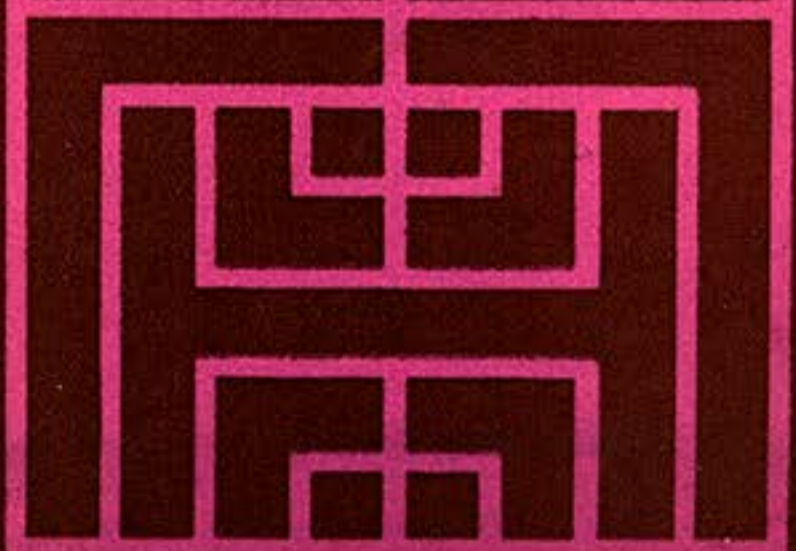
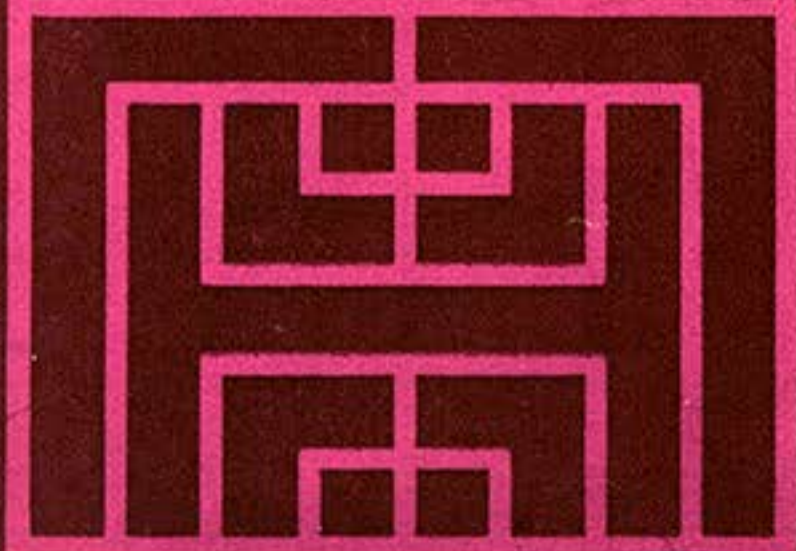
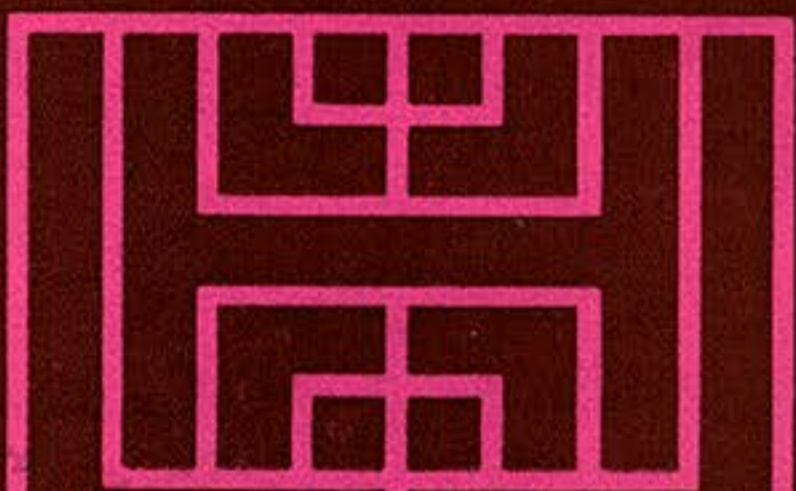
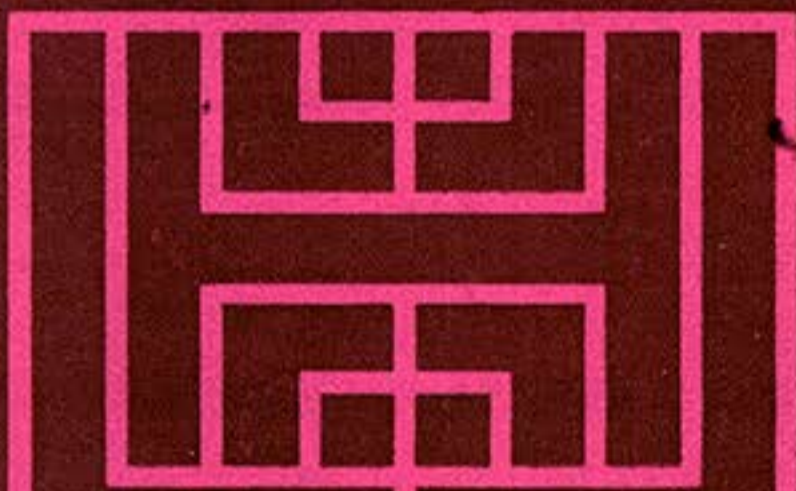


boletín del dpto. de lengua y literaturas hispánicas

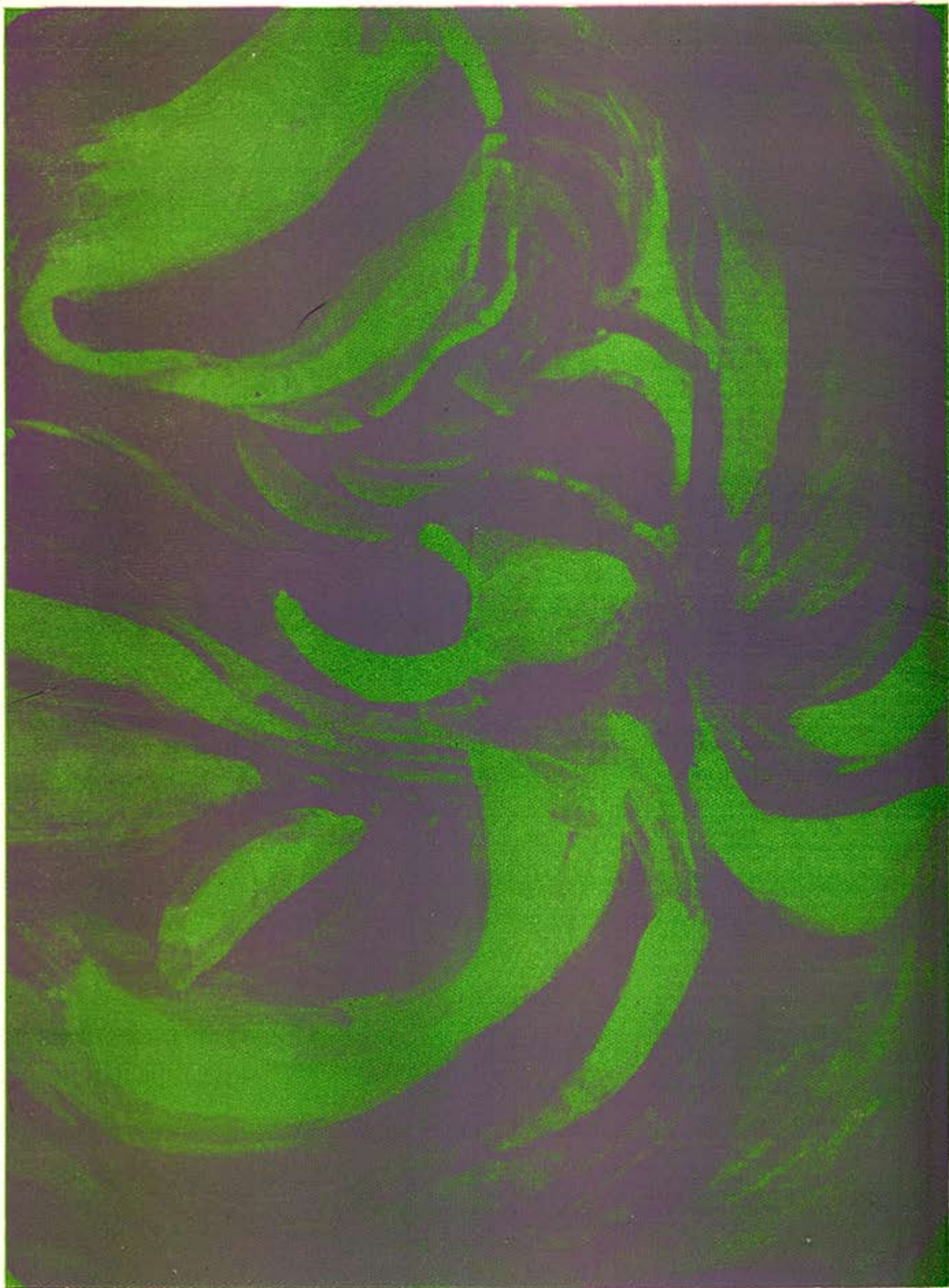


escuelas de letras y periodismo



APROXIMACION  
A LA  
POESIA  
MEXICANA  
DEL SIGLO  
XX

por José Emilio Pacheco





El siglo XX comienza para México en 1910\*. No es casual que el mismo año en que se inicia la Revolución y el viejo orden empieza a ser liquidado, es la fecha que puede señalar el nacimiento de la moderna literatura mexicana. Ministro de Instrucción Pública en el gabinete de Porfirio Díaz, Justo Sierra vuelve a abrir las puertas de la Universidad y propicia la fundación del Ateneo de la Juventud. Allí, en torno del dominicano Pedro Henríquez Ureña, se reúne la joven generación. Buscan una cultura mexicana que recoja la herencia nativa, sí, pero no ignoran que la preceden treinta siglos de tradición universal. Del Ateneo, estos jóvenes saldrán a la lucha revolucionaria o al exilio. Para unos será la cátedra y el pensamiento filosófico (Antonio Caso); para otros, la tormenta y la vida en perpetua guerra consigo mismo y con los demás (José Vasconcelos); o los años de lucha y de sangre, materia de sus libros perdurables (Martín Luis Guzmán). ¿Y la poesía? Manuel Gutiérrez Nájera había muerto en 1895; Manuel José Othón en 1906; Salvador Díaz Mirón después de Lascaas (1901) apenas escribía. Los poetas de México, la segunda generación modernista, eran Amado Nervo, Luis G. Urbina, Efrén Rebollo y José Juan Tablada. Nervo y Urbina habían dado lo mejor de sí tiempo atrás. Rebollo había acertado a expresar los temas eróticos en alejandrinos y endecasílabos tallados con un esmero parnasiano. Pasaría una década antes que Tablada volviera a sorprendernos con sus innovaciones, alianza de la poesía oriental con la vanguardia europea. Poco sabemos de Tablada. Esperemos sus obras completas para la real medida de su importancia. Mientras tanto, nadie puede negarle: como Nájera, como López Velarde, Tablada es el renovador. Y como ellos, un poeta al que es necesario apreciar en su poesía, no sólo en su influencia.

Entre la Revista Moderna y el Ateneo hubo poetas estimables: Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Manuel de la Parra. Pertenecen (la frase es de Henríquez Ureña) al México que termina en 1910 y no al que entonces comienza. Son otros los que surgen entonces: Enrique González Martínez y, del Ateneo, Alfonso Reyes. (Dos aclaraciones: ¿no podemos considerar poesía la prosa de Julio Torri, especialmente en *De fusilamientos*? Fuera injusticia no mencionar a una olvidada: María Enriqueta (1875). Gracias a ella dejé de considerarse el hecho de escribir actividad

\* En algunos pasajes del texto se aprovechan y refunden, fragmentariamente, el artículo "La poesía mexicana en 1960" (*México en la Cultura*, Novedades, 31 de diciembre de 1960), y algunas notas escritas para los recitales que la Universidad organizó en 1963 en la Casa del Lago del Bosque de Chapultepec.

impropia de la mujer. Con sus libros de lectura para la escuela primaria moldeó la sensibilidad de muchas generaciones mexicanas. El tono desgarrado de su lírica no tiene antecedentes ni continuadores. María Enriqueta es un caso aparte y una gran vocación: a los noventa años continúa su trabajo. Si exceptuamos a Díaz Mirón que no es propiamente un modernista, de esta corriente el más grande poeta, en México, es González Martínez (1871-1952). Reacciona no contra Darío: contra una poética ya vuelta retórica en manos de sus imitadores. La vida interior, la serenidad, la pesadumbre de una existencia hecha de pérdidas, y despedidas son las notas de González Martínez. Ahondando en ellas dio sus mejores páginas. Siempre fiel a sí mismo, en la última época llegó a los temas sociales (Babel, 1949). Epílogo y resumen de su lírica son las bellísimas "Estancias" de su libro final, El nuevo Narciso (1952).

Alfonso Reyes (1889-1959) fue el primero de nuestros prosistas; autor de una obra que es en sí misma toda una literatura, no quiso según Antonio Castro Leal, "dar a la poesía más que una parte de su corazón y de su tiempo". Pero Reyes, el gran escritor mexicano, es también un poeta al que no se ha apreciado justamente; como tal se inició en las letras, y poeta siguió toda su vida. Llamó al volumen que recoge todos sus versos Constancia poética: a la vez continuidad y documento probatorio. Así, el mejor modo de hacer justicia al Reyes poeta es emprender el trabajo antológico. Con todo, si Alfonso Reyes no hubiera escrito muchas composiciones excelentes en que el humor se da la mano con la ironía y la ternura, bastaría la Ifigenia cruel para admirar su talento creador. Aparte, ya lo dijo Octavio Paz, la prosa de Reyes no sería lo que es si no fuese la prosa de un poeta.

A medio camino entre la disolución del Ateneo y el surgimiento de Contemporáneos; mejor dicho, aislado, único, encontramos a Ramón López Velarde (1888-1921). Su prestigio se ha mantenido en alto cuarenta años, y en los últimos ha aparecido un libro exhaustivo de Allen W. Phillips (1) y un magnífico ensayo de Paz (2) que dejan a un lado los aspectos superficiales (semejanzas o diferencias con Lugones o Herrera y Reissig) en que insistieron algunos otros críticos.

Con sólo tres libros de poemas (La sangre devota, 1916; Zozobra, 1919 y El son del Corazón, publicado en 1932 a once años de su muerte) Ramón López Velarde, como todo gran poeta, cambió entre nosotros las condiciones de la lírica. Antes de él, la poesía era una; él la hizo otra, la dejó distinta. Caso curioso: no ha tenido imitadores. Quizá algunos en la tercera década del siglo; pero copiaron la estructura y no pudieron reproducir lo que había dentro. En meses pasados se volvió a publicar todo lo escrito sobre Ramón López Velarde; en todas partes se recitó la Suave Patria. Algunos, para ser originales, por no ceñirse a la corriente dijeron que se trataba de

un mal poema, de un poema indigno de su autor. En realidad, desde todos los ángulos en que quiera examinarse, Suave Patria es un poema extraordinario, pero no el único ni el representativo de López Velarde. Tampoco es el "cantor de la provincia" — aunque mucho de ese recato, de esa contención que se ha querido hacer característica de lo mexicano, haya pasado a enriquecer la honda modulación de sus poemas. Más allá de los antecedentes que le sirvieron para nutrir su originalidad. López Velarde hizo de su poesía un recinto inviolable que sólo él frecuentó y que a su muerte quedó vacío y cerrado — para siempre. Inventó un idioma dentro del español para vencer su soledad y darle forma a su pesadumbre. Sus temas son los eternos temas; su lucha, la eterna guerra entre el deseo incolmable y la realidad de piedra o de ceniza. Pero el poeta que había tras ese hombre que nos describen (¿para qué?) sus contemporáneos era tan grande y tan auténtico que hizo esos poemas suyos, y ahora, al escucharlos, ya son nuestros.

López Velarde es un poeta eterno. Resistirá las modas y los cambios del gusto. Cada época lo redescubrirá y su poesía seguirá tan viva como hoy "para el pasmo y la gloria" de la humanidad giratoria.

En los años que corren entre 1920 y 1925 los movimientos europeos de vanguardia, los "ismos", alcanzaron a influir en un país, que comenzaba a reconstruirse, a buscar su propia nacionalidad. Manuel Maples Arce (el mejor poeta de este grupo), Luis Quintanilla, Germán List Arzubide fundaron el "estridentismo" con pretensiones de modificar la sociedad y como reacción ante la poesía de su momento. Máscara de la muerte, la moda los venció: nada hay más viejo ahora que sus metáforas al automóvil o a la fábrica — sus versos no se pueden leer sin una sonrisa, en tanto que la poesía de González Martínez que pretendieron aniquilar los "estridentistas", conserva más de un rescoldo vivo. No todo fue fracaso, sin embargo, y el estridentismo humedeció el terreno para que pudiera cumplirse la gran renovación llevada a cabo por los "Contemporáneos" — grupo sin grupo, archipiélago de soledades, como ellos mismos se llamaron. En junio de 1928 apareció el primer número de la revista que dio nombre a la mayor generación de la poesía mexicana moderna, generación que coincide en el tiempo con la española de 1925; y que por encima de algunas características comunes (el sentido crítico, la avidez por participar de las nuevas corrientes universales...) reúne a una serie de escritores muy distintos entre sí; quienes por eso mismo, enriquecieron y diversificaron la tradición poética, al grado de casi cuarenta años después (afortunadamente) nos sigue sustentando su lección.

Frank Dauster es autor del único volumen crítico que atiende en su conjunto a la obra de los Contemporáneos (3) y A. P. Debicki de un estudio en profundidad de la poesía de Gorostiza (4). A su vez, Raúl Leiva



ha dedicado al grupo los ensayos centrales del volumen en que estudia nuestra lírica del siglo veinte (5). Tales libros dispensan de muchos por menores, quizá ociosos dentro de los modestos límites de la presente nota informativa. Es significativo que dos norteamericanos y un guatemalteco se hayan interesado en comentar a varios de los mejores poetas actuales de México —y, me atrevo a decirlos, del idioma español. Entre nosotros, apenas si llegado el remanso de las obras completas o escogidas (disponemos de las de Villaurrutia, Ortiz de Montellano, Owen, Novo, Torres Bodet y Pellicer). Acaban de publicarse la Poesía de José Gorostiza y los Poemas y ensayos de Jorge Cuesta (6), comienza a ser verdaderamente difundida y apreciada la admirable poesía de los Contemporáneos.

Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949), el mayor cronológicamente, es sin mengua de su calidad uno de los más borrosos en el grupo. Iniciado bajo la influencia de Neruo y de Tagore, autor de poemas deliberadamente infantiles, en su madurez leyó y tradujo a Eliot. Así, con nuevas armas, entró a un terreno que en la poesía mexicana le pertenece por entero: el mundo de los sueños.

A fin de siglo nació también Carlos Pellicer; y, precozmente, empezó a ser conocido al mismo tiempo que López Velarde. Hasta 1962, cuando apareció su Material poético (1918-1961), fue posible apreciar la magnitud de Pellicer. Desde sus comienzos modernistas hasta su clásico presente, Pellicer ha sido un poeta de grandes paisajes empeñados en cantar la hermosura del mundo que, asimismo, ha escrito los mejores poemas religiosos y civiles de la actual poesía mexicana. Si acaso su mayor estatura la alcanza en el soneto, casi en todo momento Pellicer es gran poeta que todavía espera un amplísimo estudio y una precisa antología.

Nacido en 1901, José Gorostiza publicó en 1939 el mayor poema escrito en nuestro país: Muerte sin fin, perfecto y desolado canto de un universo regido por el constante frenesí de la destrucción. Crítica de la existencia y crítica (y desengaño) de la poesía, Muerte sin fin es una obra maestra y como tal única, irrepetible. Aparte de Muerte sin fin, la obra de Gorostiza, fruto de una conciencia tan rigurosa y lúcida como la de Paul Valéry o T. S. Eliot, y hecha toda de esencia e interioridad, incluye nada más unas magníficas canciones para cantar en las barcas (1925), un Preludio (1939) que lo es en realidad de Muerte sin fin; varios sonetos y el poema Declaración de Bogotá (1948).

La misma obsesión de la muerte, aunque expresada con distintos recursos, late en la breve e intensa poesía de Xavier Villaurrutia (1903-1950). Y justamente Nostalgia de la muerte fue el título de su mejor libro y el que conviene a todos sus versos. Aunque Villaurrutia fue ante todo (exteriormente) un hombre de teatro y un crítico, su actividad más entrañable era la poesía. En ella, hay otra vez el

lamento del hombre que ve desgastarse, con su propia vida, todas las cosas que lo rodean; pero sabe que un día sus palabras expresarán también a muchos que no supieron encontrarlas. Villaurrutia eligió casi siempre el verso libre, aunque sus dos series de Décimas no podrán faltar en ninguna selección representativa.

Salvador Novo (1904) publicó sus primeros versos con intenciones afines a la vanguardia. Prosista excepcional, sus dos mejores libros de poesía aparecieron en 1933. Mientras Espejo es la dolorida invocación de la infancia, Nuevo amor rescata y hace durar el sabor de ceniza del encuentro, la separación, la memoria de lo perdido. Ya en un terreno estrictamente técnico, los poemas de Novo representan la más memorable realización de una tentativa muchas veces frustrada en castellano: dar validez poética al prosaísmo, que con tanta eficacia maneja la lengua inglesa.

Polígrafo es también Jaime Torres Bodet (1902) que a lo largo de una vida dedicada al servicio de su país (como diplomático, ministro, director de la UNESCO) ha podido escribir una importante obra de ensayista y de crítico, sin menoscabo de su tarea lírica. De sus Obras escogidas aportó mucho de su labor de juventud: basta y sobra para admirar al poeta Torres Bodet la lectura de poemas como Continuidad, de libros como Fervor y Sin tregua.

Jorge Cuesta (1903-1942), el ideólogo del grupo y el único poeta mexicano "con leyenda" —que refiere la tradición oral y nunca la historia literaria— fue, en todos sentidos, víctima de su implacable inteligencia. Si entre sus ensayos —apenas recopilados al comenzar 1965— hay varios de los mejores que se han escrito en México, la poesía de Cuesta surge como la desolación de una conciencia que interroga el enigma y sólo encuentra el desamparo.

Poeta menor —con todo lo que de elogio puedan tener esas palabras— es el desconocido, el singular Gilberto Owen (1905-1952). En cierto modo, la suya es la poesía más actual de su generación. No sería extraño que Owen fuera redescubierto en 1980. Línea y Perseo vencido guardan, para quien se atreva a franquear el recinto, más de una sorpresa.

Elias Nandino (1903) no participó de las contiendas libradas por el grupo. Por sus años y su amistad con los Contemporáneos, Nandino debe considerarse (como lo hace Frank Dauster) en esta misma generación. Nandino es un poeta más importante de lo que él mismo y algunos otros creen: publicó demasiado (incluso dos tomos de sus Poesías antes de 1950) y los árboles no dejan ver el bosque —para decirlo llanamente, Nandino, como Othón, ha sido un poeta de lento y firme desarrollo; cada nuevo libro supera al anterior.

Entre los Contemporáneos hay que citar asimismo a Octavio G. Barrera (1899-1964), fundador de las dos revistas en que nació la actual literatura mexicana: Letras de México y El Hijo



Pródigo. Poeta de un solo libro, Sonetos a la Virgen (1938).

Al borde de la segunda guerra mundial apareció la otra generación designada con el nombre de la revista en que se congregaron esos poetas. Octavio Paz (1914), el más importante del grupo y uno de los mayores líricos de la actual poesía en castellano, afirma que los de Taller, antes que decir algo personal, querían realizarse en algo que los trascendiese. Ejercicio espiritual actitud que tenía que vivirse, la poesía, como el amor, era una tentativa por recobrar al ser adánico, previo a la escisión y a la desgarradura: una experiencia capaz de transformar al hombre y de cambiar al mundo. En 1960 el volumen Libertad bajo palabra recogió la obra poética de Paz escrita entre 1935 y 1958. Pocas veces el término "obra" puede aplicarse tan justamente como en el caso de Paz a fin de designar una creación que ha sabido, a cada paso, variar y diversificarse. Renovada incesantemente, la poesía de Octavio Paz ha mantenido una invariable fidelidad a los temas y los propósitos (soledad y comunión) enunciados desde el primer momento. Cada etapa ha nutrido la siguiente en un raro equilibrio entre variedad y continuidad. Los críticos europeos distinguen varias épocas en el trabajo de Paz. La primera es su época española que se cierra y compendia en 1949. Luego Paz asume de lleno la experiencia surrealista en *Agulla o sol* (1951) su único libro de poemas en prosa. Su carrera diplomática lo lleva por primera vez a la India y fruto de ese encuentro con el mundo oriental es *Semillas para un himno* (1954). Cuatro años después llega la plenitud con *La estación violenta*—que incluye *El cántaro roto* y *Piedra de sol*. Aquí, al nombrarse, el poeta se reconoce, une lo dividido, sale de sí para hablar de nuestra historia y nuestra biografía. Lo que dice es el amor, la cólera, el recuerdo, la esperanza de todos. Sólo un instante (el amor, el poema) que se yergue contra lo perdido, en medio del tiempo y su frenética destrucción, nos dejará probar la verdadera vida. Sólo un instante que aísia de la discordia en que todo se engendra y se termina. La poesía en manos de Paz deja de ser refugio, artificio, consuelo y toma su lugar en la existencia. Las palabras vuelven a ser palabras: a dar nombre. Y magia, realidad, memoria, presagio, el poema se convierte en el tiempo, es el tiempo, el río irreplicable en que se mira un mundo devastado. Como la misma *Piedra de sol* (el Calendario azteca) el poema es un orden cerrado, una circunferencia. Al terminar, renace, se encadena a su eterno, a su vivo fluir: avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre. *Salamandra*, el más reciente libro, aparecido en 1962, prueba que Paz ni se repite ni se desconoce: es, como dice Emmanuel Carballo, el mejor y más joven de nuestros poetas.

La generación de Paz se desgarró. Como había ocurrido en la anterior con Enrique González Rojo, dos poetas de Taller, Alberto Quintero Al-

